



Teatro del Terror

compañía de teatro

Miércoles 09 mayo de 2018 | Publicado a las 16:22

Crítica de teatro: "La espera", terror con nombre y apellido

Publicado por: Leopoldo Pulgar

12 años de vida y 11 montajes tiene la cia. **Teatro del Terror** (*Lástima que sea una puta, El pelícano, Macbeth*), que dirige **Javier Ibarra**, grupo importante dueño de una potente voz escénica y funcionamiento continuo.

En *La espera*, codirigido con el actor **Nicolás Pavez**, la agrupación puso sus ojos por primera vez en una historia y personajes que forman parte de la épica chilena.

El **terror** es el recurso vertebral de la compañía, reacción ante una amenaza o percepción de peligro, sea real o no, que se acrecienta en un entorno de oscuridad y muerte.

Ese miedo intenso que paraliza o pone los nervios de punta, que provoca alteraciones fisiológicas, que aumenta la presión arterial y la actividad cerebral.

Con una valiosa precisión: que el terror no lo provocan sólo ciertos seres fantásticos -zombies, vampiros o fantasmas-, sino también las conductas humanas crueles, abusivas y aberrantes, personales y sociales.

Emociones y actitudes que la obra subraya con los recursos del género del terror, con suspenso y juegos de iluminación, apagones, golpes musicales de alerta y sorpresa, entre otros.

A esta experiencia invita *La Espera*, de **Iván Fernández**, escrita a partir del cuento homónimo del Premio Nacional de Periodismo 1999, **Guillermo Blanco** (1926-2010).

Historias en palabras

La acción principal del cuento se narra a través de la rememoración de una mujer que describe un hecho luctuoso que le toca vivir en la región del Maule (año 1936), sector con una serie de asesinatos, el fantasma de la Niña del Río y grandes haciendas.

Este suceso extraordinario que protagoniza la Patrona (Soledad Cruz) se inicia cuando su esposo, el Patrón (Nicolás Pavez), detuvo e hirió al Negro (Claudio Riveros), a quien sorprendió con una mujer desnuda (Carol Henríquez) a la que, aparentemente, había violado.

Bien amarrado, lleva al famoso bandido a la casona y le pide a su mujer que lo cure, mientras va en busca de la policía, ocasión en que la Patrona entabla un diálogo cotidiano con el Negro que recuerda junto al miedo e impacto que le produce.

Cuando se lo lleva la autoridad, la pareja se estremece con la amenaza del Negro de volver para vengarse de ambos, recuerdos ominosos que terminan cuando una noche escucha que un caballo se detiene en el patio, mientras ella -aterrorizada- seguía a la espera.

Historia en escena

Iván Fernández introduce textos propios en el diálogo entre la Patrona y el Negro, para incluir y ampliar ciertas aristas sociopolíticas, una conversación que se mueve a través de la reflexión filosófica, ética y humana, la maldad, la compasión y el amor con temor.

Ambos utilizan una forma de hablar cuidada y poética, entremezclada con lo coloquial y popular, que alude a la colisión cultural y de clases entre representantes de mundos imposibles de converger, que incluyen prejuicios, desprecios y celos, visiones patriarcales, sometimiento de la mujer en el hogar.

Es el segmento más extenso del montaje, rico en contenidos y detalles personales y situacionales que los directores subrayan -con fuerza y delicadeza, a la vez- para mostrar el mundo interior de los personajes,

sus sensaciones y emociones –fiereza, cierto erotismo-, además del entorno material y sus efectos psicológicos.

En este trámite destaca la gran actuación de Claudio Riveros: física y mentalmente retrata la amenaza y el peligro vivo, aunque su personaje poco se puede mover.

Colgado en un tecla, a través de su voz e inflexiones aporta la rebeldía de los desposeídos, mientras que su mirada y lenguaje corporal percutan la búsqueda de la libertad y la denuncia de la injusticia.

No es un héroe con una propuesta de vida, sino el antihéroe que responde con lo único que le queda: el instinto de conservación, tan perdido en la sociedad moderna, suplantado por la cobardía y la renuncia.

El diseño integral de Rocío Hernández construye un espacio que combina la solidez de una estructura patronal que no puede ocultar los cimientos de barro ni su inexorable desplome.

En tanto, la sonoridad ambiental (cadenas, trinos, ladridos, silencios) y el perfil de la composición musical de Juan Carlos Valenzuela atrapan, sueltan y hacen saltar al espectador, junto con convocarlo a una visita al alma chilena.

Otros efectos especiales del género, precisos y coherentes con el relato -lejos del efectismo-, se logran con el apoyo fundamental del diseño audiovisual de Alex Waghorn, que ayuda a conectarse con el universo inmaterial de las visiones y creencias populares.

Una propuesta madura y llena de sugerencias, con soluciones sencillas, entretenidas y eficaces que marcan el perfil de una compañía talentosa que tiene todavía mucho que dar.

<https://www.biobiochile.cl/noticias/blogs/el-blog-de-leopoldo-pulgar/2018/05/09/critica-de-teatro-la-espera-terror-con-nombre-y-apellido.shtml>

“La espera”: Los espejos de la patria

POSTED BY: CINE Y LITERATURA 12 MAYO, 2018

1936, algo siniestro se instala en la región del Maule. Una serie de asesinatos ocurridos en los alrededores de las haciendas más acaudaladas llama la atención del pueblo. Al parecer todo se atribuye al fantasma de una niña, que visita el río en donde fue encontrada muerta.

Por **Rodrigo Peralta Godoy**

Publicado el **12.5.2018**

El terror y el drama histórico es la apuesta de la compañía Teatro del Terror, fundada el año 2006 por un grupo de artistas que se reúne a experimentar e investigar el lenguaje de este género (el terror), y ponerlo a disposición desde sus poéticas y cruzarlo con el argumento del cuento de Guillermo Blanco: “La espera”.

1936, algo siniestro se instala en la región del Maule. Una serie de asesinatos ocurridos en los alrededores de las haciendas más acaudaladas llama la atención del pueblo. Al parecer todo se atribuye al fantasma de una niña, que visita el río en donde fue encontrada muerta.

En una noche fría y con una atmosfera cargada de oscuridad, el Patrón de una de las haciendas, encuentra al Negro, un bandido de la zona, encaramado sobre el cuerpo de una mujer, en lo que parece una violación. En un acto de justicia, el Patrón le pega un tiro en la pierna al bandido y lo arrastra hasta la bodega de la casa patronal, en donde su esposa, la Patrona, cura sus heridas para mantenerlo vivo a la espera de la llegada de la policía. El Negro les jura que escapará y regresará a cobrar venganza.

La noche siguiente, la Patrona es poseída por el miedo y se desvela en la mitad de una terrorífica premonición a la espera que él regrese. Pasadas las horas, y bajo la oscuridad del campo escucha el galopar de un caballo que se detiene en el patio de la hacienda.

Se oye otro tiro, al parecer otro crimen ocurre en el Maule.

Es sorprendente cuando una pieza teatral nos traslada a las profundidades de un país. Y más aún, cuando un grupo de creadores contribuyen a radiografiar la historia de Chile por medio de lenguajes muy bien cuidados y que sobrepasan toda expectativa de belleza, colocando lo ominoso como un discurso elemental en el tratamiento de una obra con carácter de magistral.

Eso es lo que ocurre con “La espera”, una obra inspirada en el cuento de Guillermo Blanco, escritor y periodista chileno. Premio Nacional de Periodismo el año 1999 y que muy bien revisa la compañía Teatro del Terror, a manos de Javier Ibarra y Nicolás Pavez, en la dirección, e Iván Fernández en la dramaturgia.

En esta obra vemos las problemáticas eternas de las clases sociales, el resentimiento del pueblo pisoteado y la soberbia del usurpador acaudalado.

Es que podemos constatar que no ha cambiado mucho esa impronta: la tierra húmeda, las cadenas, el maltrato. Es en ese escenario donde ocurren los discursos y discursos que se fusionan con una épica histórica y la poesía rebelde.

Cabe destacar las imágenes que complementan el relato de la niña muerta a cargo de Álex Waghorn y la sorprendente banda sonora de Juan Carlos Valenzuela. Estos dos lenguajes potencian la puesta en escena convirtiéndolo en un thriller histórico.

Y qué decir del diseño integral de Rocío Hernández, una serie de guiños al género del terror y de lo fantástico, que mantiene al espectador muy concentrado en esa umbría filosa y escalofriante.

Pero las voces, y las actuaciones y sus silencios. Admiración absoluta que se agradece en la escena nacional. Su elenco conformado por magníficos intérpretes y creadores que dan vida a este magistral montaje.

Soledad Cruz Court, Claudio Riveros, Nicolás Pavez y Carol Henríquez son los encargados de conectarnos con aquel universo escénico llamado “La espera” del dramaturgo Iván Fernández.

<https://www.cineyliteratura.cl/la-espera-los-espejos-de-la-patria/>

CRÍTICA DE TEATRO

Cristóbal Cartes

LA ESPERA O EL TERROR DE LA ÉTICA EQUIVOCADA

La obra de teatro *La espera* de la Cía. *Teatro del Terror*, dirigida por Javier Ibarra y Nicolás Pavez, es originalmente un cuento del libro *Cuero de diablo* (1966) de Guillermo Blanco, escritor y periodista chileno, reconocido con el premio nacional de periodismo, nacido en Talca en 1926, muerto el 2010. Tanto el cuento como la adaptación escénica cuentan la misma historia: el patrón de una gran hacienda en el campo chileno encuentra al Negro, un bandido, quien estaba violando a una mujer indefensa, por lo que, tras darle un tiro en la pierna, lo encierra en la hacienda en donde su esposa, la patrona, se encarga de curarlo, mientras esperan la llegada de carabineros. Pasan algunos días en los que el Negro los amenaza, prometiendo que, si no lo dejan libre, él o sus amigos volverán y los matarán a ambos o dejarán viudo a alguno de los dos. La patrona, luego de que se lo llevan, queda terriblemente asustada con esta amenaza y no puede dormir en las noches, esperando que el Negro regrese en busca de venganza.

La gran diferencia entre la adaptación dramaturgica de la obra y el cuento de Guillermo Blanco es la actualización ética de lo que representa cada personaje en el mundo o el Chile de hoy, dado, a mi parecer, por el movimiento feminista y masiva llegada de inmigrantes. El cuento parece no tener como objetivo el reflejar costumbres sociales, sino centrarse en el terror psicológico proveniente de la mujer, como si fuera un cuento de Poe. En la obra, lo que en el cuento sólo son un par de diálogos y días que ni alcanzan a describirse sobre la relación que forma la patrona con el Negro, sobre el escenario es un diálogo largo y políticamente contundente, en el que el Negro logra, a fuerza de palabras, convencer a la mujer de que ambos pertenecen a la misma categoría social: una mujer y un “negro” (mestizo u indígena), seres marginados del poder, encerrados en el universo. El patrón, en cambio, es el hombre blanco, masculino, con la mesiánica misión de construir un país fértil, multiplicando los panes y los peces. Estas ideas se hacen evidentes en largos diálogos, primero entre la patrona, animada por Soledad Cruz y el Negro, interpretado por Claudio Riveros, y luego entre la patrona y el patrón, representado por Nicolás Pavéz.

En mi opinión, la dramaturgia, a cargo de Iván Fernández, supera al cuento en profundidad social y en belleza. La forma en que habla el Negro, rimada, rítmica y cantada; las imágenes oníricas y emocionales que transmiten la patrona; y el grado de delirio nacionalista en la voz del patrón, no se encuentran en la narración de Blanco. Agrega temas, como la infertilidad de ella y, por lo tanto, la imposibilidad del patrón de cumplir el anhelo de tener herederos, hombres que prosigan la misión cristiana. Y queda muy claramente expuesta la idea de que aparte del patrón, el resto del mundo pasa a estar en la categoría de animal, incivilizados y domesticables. La misma patrona se lo grita en la obra: “Yo no soy una mujer, soy una yegua”. Lo cual parece demostrar que, desde los orígenes del teatro, en Grecia, la herencia de este pueblo y

de los tiempos antiguos no ha cambiado nada, sino más bien, se ha expandido con todo lo bueno y con todo lo malo.

Entonces se repite el terror psicológico del cuento, pero ahora aumentado y puesto al servicio de un miedo social, porque como espectadores vemos a la patrona dudando, desesperada, de su posición de clase, de su categoría como mujer e incluso de sus ideas en la ética del trabajo. ¿Por qué producir más de lo necesario para formar una nación, si esto implica someter a quienes estuvieron antes, quienes trabajaban para producir lo justo para ellos sin molestar a nadie? En este sentido, el tratamiento del miedo se vuelve más complejo que el simple hecho de asustar al espectador, entretenerlo (ponerlo en tensión). En la escena, el miedo que provoca la espera es el miedo a la venganza por haberse equivocado de lado, de pensamiento, como si en realidad sí la mereciera.

Las actuaciones están equilibradas en estilo y en intensidad. En la función a la que asistí, sin embargo, Soledad Cruz, en el papel protagónico, estaba enferma, y la primera escena fue sinceramente un rezo en tensión de parte de los espectadores para que no se quedara sin voz. Logró salir del apuro sin salirse del personaje y sin que nunca se le dejara de entender lo que decía y en los momentos de gritos no perdió proyección ni intensidad emocional. Destaco, además, para el final, una danza onírica y tétrica por parte también de Soledad, muy bien organizada corporalmente, como la de un caballo al galope, que raya en lo absurdo, pero que por lo mismo asusta o provoca una risa nerviosa. Esta danza, respecto a la dirección, es un recurso muy bien utilizado para mostrar el miedo interior de la patrona. Los únicos dos aspectos que quedan como cabos sueltos son el fantasma de la niña del río, que se nombra en el cuento pero no parece necesario en la obra, sobretodo porque solo se nombra una vez, y una intervención a público hecha por Nicolás Pavez, como un recurso brechtiano y político que no me parece necesaria dada la claridad del discurso manifestado en los diálogos entre personajes.

La escenografía, los efectos especiales, la música y la iluminación están muy bien cuidados y funcionan al servicio de la belleza, la narración y el terror recordando películas tanto contemporáneas como clásicas del terror estadounidense. Por lo mismo, creo que es un trabajo muy interesante, dado que ninguna otra compañía nacional parece indagar en el terror y esta vez, lo hacen junto a una propuesta que remite también en lo político, sin temor a evidenciar una posición clara al respecto.

Hasta el 19 de mayo en Teatro Sidarte. De miércoles a sábado.

FICHA ARTÍSTICA

Dirección: Javier Ibarra Letelier y Nicolás Pavez

Dramaturgia: Iván Fernández a partir del cuento homónimo de Guillermo Blanco

Diseño escenográfico y de iluminación: Rocío Hernández

Música: Juan Carlos Valenzuela

Diseño audiovisual: Alex Waghorn

Producción: María Luisa Vergara

Elenco: Nicolás Pavez, Soledad Cruz Court, Claudio Riveros, Carol Henríquez

“La espera”: Tensiones sociales y sexuales en el Chile profundo

Por Jorge Letelier

La búsqueda de la Compañía Teatro del Terror por explorar caminos expresivos dentro de un subgénero de imaginería tan cinematográfica es, ante todo, un esfuerzo valioso y que ha logrado apuestas muy interesantes, como su adaptación de “El pelícano”, de August Strindberg (2015).

Hay un trabajo persistente en la generación de climas opresivos y una poética afinada en el recurso escenográfico que la compañía dirigida por Javier Ibarra ha desarrollado con imaginación. En su adaptación del famoso cuento del escritor nacional Guillermo Blanco, “La espera”, el colectivo se adentra en un terreno de inquietante sicología en torno a la venganza y el miedo, en el contexto del campo chileno a comienzos de siglo XX.

El relato de Blanco es la narración de una llegada inevitable, oscura y maldita, que viene a cobrarse venganza y que transcurre casi completamente en la mente afebrada de la mujer del patrón del fundo. En esta versión escrita por Iván Fernández, se opta por marcar la tensa coexistencia social entre latifundistas e inquilinaje y un fuerte erotismo entre el bandido y la mujer. La historia es la de un bandolero (Claudio Riveros) que asola el campo del Maule en los años treinta, y que cuando está violando a una mujer, es sorprendido por este patrón (Nicolás Pavez) quien lo lleva detenido a su fundo a la espera de la policía. El bandido es baleado y mientras se espera a Carabineros, sus heridas las limpia su esposa (Soledad Cruz).

La introducción deja claro que este conflicto social está fuertemente remitido a la erotización de los cuerpos de los personajes. El deseo casi a nivel telúrico, la atracción por cierto imaginario *salvaje* asociado al sexo y la sumisión son los elementos con que los directores Ibarra y Nicolás Pavez examinan a nivel más sensorial, junto al discurso más explícito de la marginación del campesino que engendra violencia y que más que venganza busca reivindicación.

Si bien hay elementos que permiten situar el relato dentro de un clima inquietante y perturbador con las proyecciones de un bosque fantasmal, ciertas licencias en la interpretación y el uso de la música y los efectos sonoros, el relato es fuertemente literario y el eje dominante son las conversaciones entre la mujer y el bandido, con un texto que apela a cierta poética de la marginalidad que recuerda a Juan Radrigán y que en términos generales no se conecta del todo bien con el clima que se pretende crear.

En este aspecto, los elementos de la puesta en escena se van progresivamente perdiendo en esta preeminencia de lo literario y donde el insalvable choque y/o resentimiento de clases resulta reiterativo y obvio. A diferencia del cuento original, donde la tensión social era apenas un barniz y la construcción psicológica del miedo era lo importante, el montaje remarca la marginación del bandolero y la larga historia de abusos y humillaciones del campesinado, sobretodo en una escena en que el esposo narra los peligros de una clase trabajadora sublevada.

A la luz de las urgencias actuales, la relación entre clase, género y sexo resulta inevitable pero no arroja una mirada original y/o provocadora. La tensión sexual obvia entre la mujer y el bandido, expresada de buena manera en esa “animalidad” del bandolero, se diluye pronto en lugares comunes e ideas ya explotadas. Si bien es destacable la convicción de Claudio Riveros por dotar de densidad y furia a un personaje casi siempre fuera de sí, sus contrapartes no logran equilibrar ese peso dramático especialmente con el personaje del patrón (el también director Pavez), un actor muy talentoso cuyo personaje le hace poca justicia al situarse en el cliché del opresor histórico.

Compañía siempre imaginativa en sus ideas de puesta en escena, esta vez incluso el imponente decorado de madera parece quedar solo en una buena idea mal desarrollada o quizás excesivamente ambiciosa.

“La espera”

Dirección: Javier Ibarra y Nicolás Pavez

Dramaturgia: Iván Fernández, basado en el cuento “La espera” de Guillermo Blanco

Elenco: Claudio Riveros, Soledad Cruz Court, Nicolás Pavez, Carol Henríquez

Diseño integral: Rocío Hernández

Música: Juan Carlos Hernández

Audiovisual: Alex Waghorn

Teatro Sidarte, miércoles a sábado, 20:30 hrs., hasta el 19 de mayo.

<https://culturizartecl.blogspot.cl/2018/05/critica-de-teatro-la-esperatensiones.html>